

Enero
de 1921

PACIFICO

PRECIO
2 PESOS

MAGAZINE



Rubén Darío en Chile

Por LUIS ORREGO LUCO

Hoy día, la figura literaria de Rubén Darío es sin duda una de las primeras en las letras hispano-americanas. Su talento de poeta es reconocido de todos, como uno de los más geniales que hayan producido las Repúblicas latinas. Ya en España, don Juan Valera, el más ilustre de los críticos, le había señalado, años atrás, como gran poeta; luego, Menéndez Pelayo le reconoció sus grandes condiciones; en seguida Rodó le señaló como el gran poeta de América, y por último, Andrés González Blanco vino a mostrarle como iniciador de la nueva escuela poética española, abriendo el camino a Villaespesa, a José R. Jiménez y a Machado. Hablando de Villaespesa, dice González Blanco: "Es un poeta de la nueva escuela, imitador de Darío y que, como todos nosotros, ha bebido su imitación moderna en el lírico de Azul".

Los jóvenes, en su "Revista Hellios", lo saludaron a su vuelta a España con las siguientes palabras: "Rubén Darío es el poeta más grande de España... este maestro es grande, es genial, es íntimo, es musical, es exquisito, es atormentado, es diamantino. Tiene rosas de la primavera de Hugo, flautas de Verlaine, violetas de Beekerysu corazón es español".

Como se ve, la juventud española le reconoce como reformador y como iniciador: como reformador de la métrica castellana, como iniciador de nuevos rumbos en poesía. Cabe preguntarse ¿Cómo se explica que un joven americano, partido de tierra pobre y obscura, de un pueblecito perdido en las lejanías de Centro América, de civilización atrasada y rudimentaria cultura, pudiese llegar a convertirse en iniciador y marcador de rumbos en la madre patria?—Es éste un problema de historia literaria digno de ser estudiado y explicado de manera plausible.

Audiremos a los principios más elementales reconocidos en la crítica contemporánea,

entre otros, al de la influencia—del medio ambiente—esa influencia que advertimos en las novelas de Balzac, que señalaba las teorías de Lamarck, aplicándolas a la literatura, que vemos también en Maecaulay, y por último, que informa la obra crítica de Iainé.

Si estudiamos el principio del medio ambiente en la formación de un espíritu, de seguro que no acertaremos a explicarnos cómo Darío pudo llevar a España las ideas nuevas de los nuevos rumbos literarios, ya que el medio nicaragüense en que viviera sus primeros años, era infinitamente inferior al medio intelectual de España.

Sólo se podría explicar su espíritu reformista, acudiendo a otro recurso, a otra explicación. Y todo resulta fácil, si consideramos la permanencia de Darío en Chile y la influencia que necesariamente tuvo en el desarrollo de su espíritu.

Centro América era unido perpetuo de revoluciones, foco de fiebre amarilla y centro de terremotos. Un escritor español refiere que, habiéndose presentado una Compañía dramática a cierta ciudad centro-americana, de cuyo nombre no tengo interés en recordarme, alcanzó éxito ruidoso de aplausos y de ovaciones un actor, que, si mal no recuerdo, era Tuillier. Concluido el primer acto, fué presentado al Presidente

de la República, quien lo invitó a tomar una taza de té para después de la función. Cuál no sería su sorpresa cuando, al penetrar en el palco presidencial, terminado el cuarto acto, se encontró con que, en vez del caballero bajo y gordo a quien conociera, llevaba la banda presidencial otro señor alto y flaco. Era que entre el primero y cuarto acto, se había verificado una revolución y existía ya nuevo Presidente.

Rubén Darío, en su Autobiografía, ha referido anécdotas interesantísimas respecto de aquellas Repúblicas y la vida que en ellas



Rubén Darío cuando estaba en Chile

se lleva. Entre otras, refiere la anécdota siguiente:

Hallándose Darío en San José, fué invitado al fuerte por el general Toledo, hábil hombre de letras, pero aún más eximio en el arte de cocina, pues era tan gastrónomo y preparaba guisos, que acaso le valieron más ascensos que su valor en los campos de batalla. La cena en el Castillo de San José fué espléndida y se menudearon los buenos vinos franceses y el champaña. Concluida la cena, subieron a la terraza. La noche era hermosísima y la luna iluminaba la ciudad, destacando las torres de la Catedral en la lejanía. El general Cayetano Sánchez, jefe de la plaza, se dirigió a sus compañeros: "¡Qué hermoso blanco para fuego de artillería!", les dijo señalando la torre iluminada por la luna. Y luego, dirigiéndose a un oficial agregó: "Que carguen la pieza Krupp". Los invitados se miraron consternados unos a otros; la ciudad iba a ser despertada a las dos de la mañana con un bombardeo inesperado a la Catedral de San José. Uno de ellos, Cónsul de Inglaterra, no perdió la sangre fría. "Está bien, dijo, pero bebamos antes un poco para celebrar la belleza de la noche". Se trajeron botellas de coñac, y media hora más tarde, el general don Cayetano Sánchez rodaba debajo de la pieza de artillería. La ciudad se había salvado mediante la acción benéfica de una botella de coñac. Por todas partes dominaba la dictadura y el caudillaje. Por cierto que semejante medio no era muy apropiado para formar espíritus y desarrollar nuevas tendencias literarias. El propio Rubén Darío, había tenido que abandonar su casa en el día de su boda, arrojado por la revolución triunfante, y dejando a su mujer para salvar la vida.

El medio en que su espíritu se formara, debía ser un medio de cultura superior, un medio en el cual las ciencias y las letras fueran cultivadas sistemáticamente, y donde la vida civil estuviera a cubierto de las tempestades centroamericanas. Ese país fué Chile.

Es interesante estudiar cómo se formó este medio, cómo fué creada la atmósfera literaria de Chile, tal como la encontrara a su llegada Rubén Darío.

Tomemos en común con las demás Repúblicas hispanoamericanas el elemento de raza española: somos descendientes de los castellanos, que, por espacio de 300 años, lucharon en perpetua cruzada con los moros desde la derrota de llanura de Jerez, en que pereciera don Rodrigo, hasta la conquista de Granada en 1492.

La raza española tomó consistencia y fuerza en esa lucha, formándose las características de la raza con la unidad del idioma, del sistema político del sentimiento religioso y del concepto de la patria. La lucha encarnizada

en contra de la Media Luna, despertó los extremos de pasión que al fanatismo conducen; y el principio de autoridad, extremado, llevó al principio absolutista y a la tiranía monárquica, al principio de autoridad extrema que degenera en tiranía. De aquí las cualidades y los defectos de la raza española, infiltrados junto con la conquista en el alma misma de la raza y de los pobladores de la América. El reparto de la tierra hecho al galope del caballo, trajo consigo el sistema de encomiendas, en que se repartían los indios junto con las tierras. De ahí, preocupaciones de casta y de raza, predominio del dinero, formación de oligarquías, fanatismo religioso y autoritarismo político. De aquí también la carencia de libertades públicas y de derechos en los ciudadanos.

Al conquistar en 1810 la independencia, sólo cortamos los lazos políticos que a España nos unían, sin arraigar entre nosotros las instituciones republicanas, pues nuestra revolución de Independencia había sido hecha por las clases superiores, sin participación del pueblo, que aún no estaba suficientemente instruido para tomar parte en la vida republicana.

La política en Chile ha estado siempre, como en todas partes, íntimamente unida con las formas literarias, con las manifestaciones de la vida intelectual. Por eso, al comenzar los gobiernos de tendencias liberales, su primera preocupación fué la de crear una atmósfera más amplia, una mayor cultura. Lozier, sabio y académico francés, fué puesto a la cabeza del Instituto Nacional, que era entonces el primer establecimiento del país, y sus enseñanzas tendieron a implantar entre nosotros una cultura esencialmente científica. La influencia de don José Joaquín de Mora, fué igualmente ejercida en sentido liberal; liberal y muy amplia fué la tendencia dada a nuestra joven cultura.

Con el triunfo del partido Pelucón o conservador y del principio autoritario la enseñanza toma rumbos de cultura clásica y esencialmente literaria: la forma antes que el fondo mismo del pensamiento, es la preocupación especial del maestro. Hasta las leyes fueron enseñadas en latín aprendiéndose de memoria en este idioma muerto los rudimentos de Derecho romano.

Mas la reacción liberal se inició precisamente en este campo de las letras: don José Victorino Lastarria, uno de los más eminentes escritores y publicistas del país, emprendió la campaña en contra de la enseñanza clásica en todo su exclusivismo absorbente.

Mientras en Chile se iniciaba un movimiento tímido todavía, tuvo lugar un suceso de inmensa trascendencia literaria y políti-

ca: la llegada a nuestra tierra de una emigración argentina, sino muy numerosa, compuesta de espíritus superiores y esencialmente cultos, de inmensa valía intelectual. En 1841 llegaron a tierra chilena unos cuantos jóvenes, desconocidos entonces, y que en el transcurso de breves años debían ocupar los más altos puestos de su propia patria. Entre ellos figuraban don Domingo Faustino Sarmiento, Gutiérrez, Vicente López, Alberdi, Piñero, Rodríguez Peña y algunos otros ciudadanos argentinos que venían huyendo de la tiranía de Rozas los unos, de la tiranía de los varios caudillos de provincia los otros, en busca de una atmósfera más amplia de libertad donde pudieran expresar sus ideas libremente, donde pudieran respirar, en el orden, la atmósfera propia al desarrollo de sus ideas. Comprendían todos ellos la necesidad de fundar la república sobre la amplia base de la cultura moderna.

Para esto creían necesario desarraigar las costumbres y las ideas españolas, saturadas de prejuicios, de falsos conceptos económicos y de fanatismo religioso.

Entre esos jóvenes figuraba como uno de los más preclaros, don Domingo F. Sarmiento, que debía ser Presidente de la República Argentina, y fundador de su instrucción pública, así como fué en Chile uno de los que más trabajaron por el progreso de nuestra enseñanza primaria y por nuestro desarrollo literario.

Sarmiento era una personalidad extraordinaria, de espíritu vigoroso, organizado para la lucha, forjado para el combate como poderoso gladiador intelectual. Su espíritu era acerado y sarcástico, su voluntad poderosa, su alma sana, de inteligencia amplia y de inmensos horizontes intelectuales: veía lejos en el porvenir de nuestra raza en América.

Sarmiento era hijo de sus propias obras, se había educado a sí mismo, leyendo en sus horas libres, tras del mostrador de la modesta tienda en la cual era empleado en la República Argentina.

Comprendía que la República sólo podría ser realidad mediante el esfuerzo necesario para destruir las viejas preocupaciones heredadas de España y mantenidas en el fondo mismo de la raza. Quería las libertades públicas y junto con ellas la libertad en el arte. La forma literaria, para él, era cosa baladí que no debía preocupar a los espíritus americanos: lo principal era tener ideas, era pensar, era hacer la conquista del mundo espiritual para aprender a observar el ambiente americano y proponer los medios de seguir adelante en el camino del progreso y de las libertades públicas. Sarmiento, como todos los argentinos, nos repetía a cada rato que no teníamos literatura y que no seríamos capaces de tenerla mientras no reformáramos nuestra manera de concebir el arte y las le-

tras. Necesitábamos romper con el clasismo, eximirnos de los latinos y de los clásicos españoles y abandonar la escuela purista que entre nosotros dominaba...

No dejaron de despertar recelos estas ideas entre los hombres del poder, entre los vencedores pelucones, partidarios de la escuela conservadora que correspondía en todo a sus aspiraciones y a sus ideales.

Voy a transcribir una página de Sarmiento, publicada en aquella época en Chile y que manifiesta el espíritu y las tendencias que movían a los jóvenes argentinos.

Hé aquí como combatía a sus adversarios Sarmiento, en las rudas polémicas de la época:

“Puesto que los proverbios sirven de reglas literarias, haremos presente que no nos hemos olvidado de aquel otro ‘el que dice lo que quiere, oye lo que no quiere’. Con que digan no más, que estamos esperando por donde revienta esta postema. ¡Desprecios y desdenes! Pues, ese es nuestro plato favorito. ¡Raciocinios, ideas, luces! Las analizaremos. Tanto mejor, les probaremos que no conocen de la misa la media en filosofía del lenguaje; que no tienen estilo propio, que no lo han de tener jamás, y que mientras ellos pretendan representar la literatura nacional, no se ha de ver ni una chispa de pensamiento ni de espontaneidad. Puede ser que cuando les hayamos batido bien el cobre, y hayan pasado los arrebatos y acaloramientos de una polémica literaria, entremos con la calma de la razón a manifestar cómo esos estudios podridos que llaman clásicos y que no son más que atrasados, influyen en las opiniones del público y de los que piensan en el porvenir del país, como la falta de filosofía en los estudios, es decir de aquella filosofía que tiene por definición la filosofía es la ciencia de la vida, de aquella filosofía que estudia la historia, la humanidad y la marcha de la civilización, influye en las opiniones y se refleja en la marcha de los partidos, en la dirección de la política. Mostraremos por qué esa juventud tiene el corazón helado para todo sentimiento de libertad, sin ataque ni defensa de personas, porque no simpatiza con la causa de los principios liberales; porque no se mueve por ellos, porque no vive de nada, ni representa nada; porque hace farsa de las locueras de San Andrés del Plata, donde los principios que ella representa juegan a la chuecas con cabezas humanas. Entonces veremos en nombre de quién se ha levantado la inquisición noltica, y ahogado en sangre las luces, la libertad, la moda, el romanticismo, esas bagatelitas. Escriban otro artículo de romanticismo y verán dónde les sienta”.

Hizo Sarmiento una dilatada campaña de opinión en contra de las reglas establecidas por el sistema clásico y combatió a los clá-

sicos en todos los terrenos. Hablando de la inutilidad de seguir los **eternos y admirables modelos**, exclamaba: "¿A qué atribuir la esterilidad de nuestra producción literaria? ¿Al clima que hiela las almas? ¿A la atmósfera que embota la imaginación? No es eso... son los **admirables modelos**, el temor de infringir las reglas lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar sus bellas cualidades y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel guardada a la puerta por el inflexible culteranismo que da sin piedad de culatazos al infeliz que se le presente en esta forma; pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de la frase, de lo que dijo frai Luis de Granada o Cervantes, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu, con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época y cuando sintáis que vuestro pensamiento, a su vez, se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, sobre sus costumbres, las instituciones, las necesidades actuales y en seguida escribid con amor, con corazon lo que se os alcance, lo que se os antoje, y eso será bueno en el fondo aún cuando la forma sea incorrecta, agradará al lector aunque rabie Garcilaso..."

El movimiento iniciado por los argentinos tomó pronto vigoroso vuelo y a su contacto, no siempre blando, desplegó sus alas nuestra literatura joven. Fundáronse dos revistas literarias: "**El Museo de América**", de García del Río, escritor colombino, y "**La Revista de Valparaíso**", redactada por Sarmiento, Alberdi y demás argentinos. Más tarde aparecía el "**Semanario**", revista en la cual debían manifestarse brillantemente las plumas de Irisarri, de Sanfuentes, de Vallejos o Jotabeche, Francisco de Paula Matla y otros.

Con motivo del romanticismo, atacado por Vallejos, Sanfuentes y los clásicos, tuvo lugar una polémica en la cual Sarmiento y los argentinos abrieron paso a su corriente literaria de libertad en el arte, combatiendo sin descanso en contra del elasicismo que aplastaba la inteligencia del país. La corriente liberal joven les acompañaba enérgicamente. De aquí nacieron los nuevos rumbos de las letras chilenas, la atmósfera que hoy en día todavía fecunda nuestro arte nacional y la que debía predominar cuando Darío llegaba a Chile.

II

La atmósfera literaria de Chile había sufrido transformación transcendental cuando Darío pisaba nuestras playas. La nueva escuela que iniciara Lastarria buscaba fórmulas de arte más amplias que las de la antigua escuela clásica española: tomaba como modelo a los escritores franceses, quería una mayor sencillez en el estilo, más precisión, más naturalidad que la afectada forma clá-

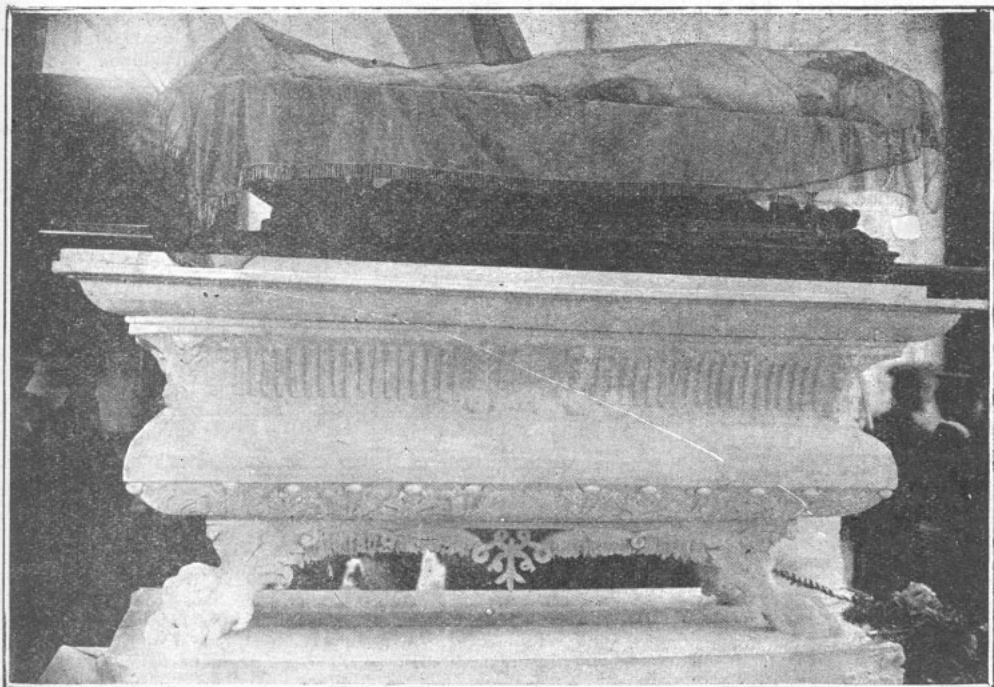
sica. Evitaba la tiesura académica, el **anquilosamiento** como le llamaba Rubén Darío, declaraba que los clásicos no sólo pertenecían al pasado sino que también debían tomarse como clásicos los escritores del día, en especial los franceses que buscaban, ante todo, nuevas formas y corrientes de pensamiento. En suma, debían buscarse en el estilo formas modernas, sencillez, claridad, naturalidad, armonía, precisión. Los escritores españoles eran amanerados, oscuros, tiesos, poco naturales; su pensamiento atrasado, su fondo vetusto. No podían ser tomados de modelos. Ahí estaban los escritores franceses, con gracia y elegancia inimitables, claridad cristalina, precisión, formas y pensamiento nuevo. Ahí estaban Verlaine, Mallarmé, Hugo, Balzac, Gauthier, Flaubet, Zola y tantos otros abriéndonos el camino del porvenir.

Tales eran las ideas que predominaban en los escritores chilenos de la generación dominante. Justo Arteaga Alemparte, había trazado admirables retratos y exquisitas páginas en ese estilo elegante y nuevo. Domingo su hermano, Isidoro Errázuriz, Fanor Velasco, Augusto Orrego, Vicente Grez, Rafael Egaña, Máximo Lira y tantos otros habían dado a la prosa chilena caracter nacional y propio, lleno de naturalidad y de gracia, impregnado en arte nuevo.

En esos instantes llegó a Chile Rubén Darío.

¿Quién era? ¿De dónde venía? Todo en él aparecía envuelto en el misterio. Supimos luego que venía de Nicaragua con recomendaciones del general Cañas, de San Salvador. Darío, más tarde, nos contó que el día de su matrimonio había tenido que huir de su patria abandonando a su mujer, pues una revolución triunfante le perseguía y acosaba. Luego había vagado por las repúblicas centroamericanas sin rumbo ni concierto hasta que el general Cañas le había aconsejado se viniera a Chile, en donde encontraría nuevos horizontes.

Era Rubén Darío un joven de aspecto adusto y taciturno, miraba vagamente hacia dentro como si quisiera hacer vida interior. Hablaba poco y raras veces decía cosas dignas de nota. Era tímido o orgulloso. Sabía que no era hombre de charlas ni de salón; encontrábase en presencia de los más brillantes *causseurs* que haya habido en Chile, con Carlos Luis Hübner, Alberto Blest, Gregorio Ossa, el tío de la brillante escritora Roxane. Y todos ellos se distinguían especialmente como admirables y finos charladores, sin contar a uno de los más brillantes ingenios que haya tenido este país, Alfredo Irarrázaval, poeta satírico de inmenso éxito y de gracia chispeante. Al ver un grupo tan escogido y selecto enmudecía el poeta centroamericano entre receloso y tímido. Todos le acogimos con los brazos abiertos. Allí le visitaron en "**La Epoca**", periódico de im-



Urna con los despojos de Darío, durante sus funerales en León (Nicaragua).

portancia entonces, los jóvenes que por aquel tiempo comenzábamos a iniciarnos en las tareas literarias.

Rubén Darío ha hecho de muchos de nosotros un recuerdo cariñoso en su Autobiografía.

Al llegar a Valparaíso le sorprendió la noticia de la muerte de Vicuña Mackenna, el más conocido de nuestros escritores en el extranjero, y le dedica un hermosísimo artículo en "El Mercurio" de Valparaíso, y conoce a Eduardo Poirier, que debía ser el primero que le tendiera la mano entre nosotros, y su futuro colaborador en la novela "Emelina", hoy día olvidada. Luego llega a Santiago. Le cedemos la palabra:

"Por recomendación de un distinguido caballero entré inmediatamente en la redacción de "La Epoca", que dirigía el señor Eduardo Mac-Clure, y desde ese momento me incorporé a la joven intelectualidad de Santiago. Se puede decir que la élite juvenil santiaguina se reunía en aquella redacción, por donde pasaban graves directivos personales. Allí conocí a don Pedro Montt, a don Agustín Edwards, a don Augusto Orrego Luco, al doctor Puga Borne, actual Ministro de Chile en Francia, y a tantos otros que pertenecían a la alta política de entonces".

"La falange nueva la componía un grupo de muchachos brillantes que han tenido figuración y algunos la tienen, no solamente alemana para poder alternar y vestir elegan-

en las letras sino también en puestos de Gobierno. Eran habituales a nuestras reuniones Luis Orrego Luco, el hijo del Presidente Balmaceda, Manuel Rodríguez Mendoza, Jorge Huneeus Gana y su hermano Roberto, Alfredo y Galo Irrarrázaval, Narciso Tondreau, el pobre Alberto Blest ido tan pronto, Carlos Luis Hübner y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que ya tenían. Por ejemplo, el sutil ingenio de Vicente Grez..."

"Luis Orrego Luco hacía presentir ya el escritor de emoción e imaginación que debía triunfar con el tiempo en la novela. Rodríguez Mendoza era entendedor de artísticas disciplinas y escritor político muy apreciado. A él dediqué mi colección de poesías "Abrojos". Jorge Huneeus Gana se apasionaba por lo clásico. Su hermano Roberto era un poeta sutil y delicado, hoy ocupa una alta posición en Santiago. Galo Irrarrázaval murió no hace mucho de diplomático. Alfredo que en aquella época tenía el cetro de la poesía alegre y satírica es ahora Ministro en el Japón. Tondreau hacía versos gallardos y traducía a Horacio. Todos los demás han desaparecido, muy recientemente el cordial y perspicaz Hübner".

"La impresión que guardo de Santiago en aquel tiempo podría reducirse a lo siguiente: vivir de arenque y cerveza en una casa

temente como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el Cerro Santa Lucía. Crepúsculos inolvidables en el lago del Parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Irarrázaval, con Luis Orrego Luco o en el silencio del palacio de la Moneda, en compañía de Pedrito Balmaceda y del joven conde Fabio Saminietelli, hijo del Ministro de Italia”.

“Debo contar que en una tarde, en un lunch, que ahí llaman hacer once, conocí al Presidente Balmaceda. Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fuí invitado a almorzar por él. Me colocó a su derecha, lo cual para aquel hombre lleno de justo orgullo era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo doctor Fontecilla, que fué más tarde Obispo de La Serena, y el general Orozimbo Barboza, a la sazón Ministro de la Guerra”.

“Era Balmaceda, a mi entender, el tipo del romántico político y selló con su fin su historia. Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante, al mismo tiempo autoritaria y meliflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fué el rey de un instante de su patria y concluyó como un héroe de Shakspeare. ¿Qué más recuerdos de Santiago que me sean intelectualmente simpáticos? La capa de don Diego Barros, la tradicional figura de los Amunátegui”.

“Y ahora quiero evocar al triste, malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie se le podría aplicar mejor el adjetivo de Shakspeare “dulce príncipe”. Tenía una cabeza apolínea sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, aérea. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años, tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas. Sin haber ido a Europa sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en aquel tiempo sobre arte sino él? ¿Y quién daba en aquel instante una vibración de novedad de estilo sino él?”

En seguida hace recuerdos de su permanencia en Valparaíso, de Robinet, don Eduardo de la Barra, de Lastarria, el maestro de tantas generaciones del doctor Galleguillos, insigne filántropo y avanzado político demócrata, que le hizo visitar los bajos fondos sociales de Chile. Tiene Darío páginas interesantísimas.

De lo dicho se infiere la impresión profunda que le causara, tanto en la vida como en sus tendencias de artista, la atmósfera intelectual en que viviera entre nosotros. Voy a insistir en el salón de Pedrito Balmaceda, que era entonces casi un niño.

Estaba situado ese salón en la Moneda, en el ala derecha. Era una pieza espaciosa, dividida por un cortinaje en dos, de las cua-

les una era alcoba y la otra salón de nuestro amigo. Había revestido las paredes de tapiz rojo y adornado con abanicos y diseños japoneses, porcelanas de Sevres, cuadros de Valenzuela Puelma, de Pedro Lira, de Alberto Orrego. Era una habitación elegante y original. En el rincón se alzaba el piano al cual solía sentarse triunfalmente mi amigo Jorge Huneeus a tocar improvisaciones, mientras nosotros charlábamos de arte. Allí, en ese salón leíamos a los Goncourt, a Zola, Barbey d'Aureville, las poesías de Verlaine y de Mallarmé, de Banville y Sully Prudhomme. Darío ignoraba por completo la literatura francesa, de la cual sólo conocía a Hugo. Le dimos a leer todos los grandes escritores modernos, le imbuímos en nuestra estética esencialmente modernista, pues éramos aficionados al arte francés y decididos enemigos de lo clásico. Gracias a nosotros se penetró de los nuevos moldes y ensayó sus reformas de la métrica corriente, penetró más en lo hondo de la vida que los poetas que entre nosotros escribían. Con nosotros conoció a Poe, Oscar Wilde, Swinburne, Dante Gabriel Rossetti, los decadentes. Adoró a Verlaine y a Mallarmé; de entonces data el nuevo rumbo dado a la poesía castellana por el genio de Rubén Darío.

El crítico Andrés González Blanco expresa que “con el “Azul” se inicia la revolución en el arte de la métrica española”. Ahora bien ese libro fué publicado en Chile, hecho años antes de lo que afirma, por error, ese joven e ilustre crítico español en su estudio sobre Darío.

Veamos ahora lo que significaba a nuestros ojos la nueva escuela poética iniciada por los parnasianos, continuada por los simbolistas, romanistas y decadentes en Francia y de la cual data la nueva forma que hoy día presenta la poesía francesa con perfecta uniformidad, pues los moldes de los decadentes han triunfado por completo, y Verlaine ha sido proclamado por Anatole France como el poeta más grande de su patria en el siglo, como el más exquisito y el más íntimo, a pesar de sus defectos y todas sus faltas.

Brunetiere, señala el año de 1857 como la fecha de la renovación en los valores literarios de Francia, en su estudio sobre los parnasianos. En ese año se publicó “*Madame Bovary*”, la maravillosa novela de Gustavo Flaubert, aparecieron “*Las Flores del Mal*”, la obra poética de Baudelaire, y fué representada la comedia de Dumas Hijo, “*La Cuestión de Dinero*”. En esas tres obras ve el crítico francés el comienzo de la nueva evolución literaria que había de conducirnos del romanticismo al realismo primero, y luego al naturalismo en literatura.

Efectivamente la literatura quería nuevas orientaciones, buscaba lo que denomina Brunetiere “una ecuación más estrecha entre la vida y la literatura”, un realismo más com-

pleto. Se quería salir de los moldes románticos, brillantes sin duda, pero poco sólidos y deficientes en la forma. "Yo no comprendo, decía Dumas hijo, hablando de los románticos, no comprendo por qué razón, los héroes de los dramas de mi padre penetran siempre al cuarto de sus amadas por la ventana cuando tienen la puerta abierta".

Se quería una suma mayor de verdad, en arte, de lo que los románticos le concedían. Sin verdad no hay completa emoción, y sin emoción, la vida desaparece. Todo el nuevo movimiento literario francés se encaminaba al realismo. En poesía Baudelaire iniciaba nuevos moldes y variaba el fondo mismo de la inspiración humana.

Baudelaire, en sus "Flores del Mal", dice *brunetiere*, ensayó dar como motivo a la desesperación poética, sufrimientos menos vulgares, más particularmente y más raros, más sutiles y más agudos que el trivial sufrimiento de amor".

Teodoro de Banville y Leconte de L'Isle se propusieron refinar y cincelar más la forma de lo que lo hicieron los antiguos, como Lamartine, Hugo y Musset.

La crítica plantea con Taine el principio de que la literatura es representativa de las sociedades, y es su expresión. Inmediatamente las obras representativas del estado social, cualquiera que sean sus defectos, se convierten forzosamente en las más interesantes. Tanto Dumas como Flaubert caen, de acuerdo, en que la imitación de la vida en su totalidad será en adelante el objetivo de la novela y del teatro.

La nueva estética del verso se hace más amplia y más completa, los moldes son más frescos. La medida, la cadencia son nuevos y originales. Pero sobre todo existe ya en poesía una mayor sugestión. El verso insinúa y sugiere más de lo que propiamente dice. Ya no solamente la imagen nos trae el concepto poético directo, sino que el rumor de la sílaba, ciertas consonantes y ciertas finales evocan en nuestra imaginación conceptos e ideas que se van levantando en nuestra alma como bajo la sugestión de un encanto.

Así Víctor Hugo en uno de sus versos nos habla de la luna que se alza en lo alto de los cielos como una Hostia en su poesía *Océano Nox*, y Núñez de Arce, repite la idea dieciocho:

La luna como hostia santa.
lentamente se levanta sobre las olas del mar.

Esta es una manera simplista de expresar la idea. Los parnasianos y los simbolistas, las nuevas escuelas modernas, buscan una manera más imprecisa, más imprevista, más sugestiva de crear impresiones en nosotros. En su poesía "Era un aire suave" nos habla Darío de la Marquesa Eulalia.

"La marquesa Eulalia risas y desvíos
daba a un tiempo mismo para dos rivales
el vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales".

En esta composición hay un verso eminentemente sugestivo para ejemplo.

"La divina Eulalia ríe, ríe, ríe".

¿No vemos acaso aquí la escena completa de la coquetería de la dama? ¿No escuchamos el rumor del abanico que se abre y se cierra para el uno o para el otro? ¿No sentimos el alma helada de la hermosa rubia, toda hecha vanidad, indiferente al amor del vizconde que la adora, que será capaz de morir por ella, que está desesperado? Abre el abanico y se oculta para mirar sin que el otro vea, y mantener a un tiempo mismo a los dos rivales. "La divina ríe, ríe, ríe". Hay una enorme sugestión para nuestro espíritu, hay evocación de estados de alma que surgen en nosotros con el simple rumor de sílabas de una palabra eufónica, repetida.

Andrés González Blanco en su hermoso estudio sobre Rubén Darío comete un error transcendental que rectificaremos ahora. Dice que la transformación completa del arte de Darío y de su concepto estético, data de su estadía en España, y de la publicación de "Azul". "Azul" marca un período de renovación total dentro de la prosa castellana... la renovación se verificó bruscamente y como por capricho del poeta... "Pues bien, el "Azul" se publicó en Chile allá por el año 1889, y cuando Darío estuvo por primera vez en España, todos los jóvenes en Chile conocían sus versos de Invernal, Autumnal, etc. Yo tengo en mi poder los manuscritos originales de algunas de las poesías de "Azul" que me fueron dados entonces por el poeta. Más aún. Recuerdo que siendo yo entonces muchacho, cayó en mis manos una poesía de Armand Silvestre, y la dí a Rubén, expresándole que allí había algo de pensamiento moderno, que le convenía imitar. Entonces Darío escribió "El pensamiento de Otoño" que viene en el mismo libro.

Por otra parte Darío en sus memorias tiene palabras tan sugestivas como éstas:

"Yo hacía todo el daño que me era posible al dogmatismo hispano, al anquilosamiento académico; a la tradición hermosillesca, a lo pseudo clásico" (Darío estaba entonces en Buenos Aires y aún no había ido a España).

En su segundo viaje a España, dice Darío: "Y sobre todo, gracias sean dadas a Dios, espere entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y en el

arte de escribir hispanoamericano, y que causaron allá espanto y enojo entre los intran-sigentes”.

Como se ve, las ideas de Rubén Darío en cuanto a libertad en el arte quedan expresadas con las mismas palabras que nosotros usábamos en Chile, y que Sarmiento y Lastarria emplearon cincuenta años antes que nosotros. Queda en claro el génesis del espíritu de la reforma literaria a la cual dió rumbos y expresión práctica el genio y la personalidad del poeta centroamericano.

Algunos años más tarde, cuando Rubén Darío se alejó de nuestra patria, sometido a los oleajes y contingencias de la vida, volví a encontrarle en España. Era ya otro hombre. Su indumentaria elegante, su aire vivo, la mayor posesión de sí mismo hacían ver el desarrollo de su personalidad por nuevos rumbos. Ya no era el bohemio de nuestro tiempo que se embriagaba con ajeno para olvidar sus penas en el **nepe**ntes, como él decía. Era hombre que confiaba en sí, seguro de su personalidad artística, fuerte con el aplauso de los jóvenes. La sociedad española le abrió los brazos. Le vi en casa de la Condesa de Pardo Bazán, y donde don Juan Valera, leyendo versos a la encantadora hija del gran crítico y contestando las bromas de las espirituales hijas del Duque de Rivas, las jóvenes Saavedra; le vi en casa de Menéndez Pelayo, perdido en aquellas montañas de libros que trepaban hasta el techo en el Hotel de las Cuatro Naciones. También nos encontramos en “La Huerta”, como llamaban la hermosa quinta palacio en donde vivía don Antonio Cánovas del Castillo, entonces Presidente del Consejo de Ministros y jefe del Partido Conservador español, que a sus muchos y grandes merecimientos de crítico y de sabio unía sus admirables dotes de orador parlamentario, y su acción de restaurador de la monarquía derrocada en la revolución de 1868.

Era un hermosísimo palacio, con grandes vestíbulos tapizados de Gobelinos y con armaduras legítimas de acero de Milán cinceladas como encajes, y cuadros que llevaban las primeras firmas de la pintura europea.

Cánovas daba una gran comida a los diplomáticos del centenario. Y ví a Rubén Darío, en otro tiempo desdeñado de muchos, perseguido por necios que jamás alcanzaron a comprenderlo, ví a Darío sentado junto a Cánovas del Castillo, sin atención a las fórmulas del ceremonial, antes que los embajadores y los duques, y grandes de España, en su calidad de príncipe de las letras americanas. Era la hora de su triunfo que llegaba para él. Luego, fuimos al Conservatorio o **Serre**, en donde el gran político tenía hermosísimos helechos y varios papagayos, blancos los unos, como los de Australia, pin-

tados los de los trópicos. Cánovas, acompañado de Darío, les arrojaba la punta del pañuelo para jugar con ellos y el poeta les daba bizcochos. La señora Joaquina Osa, mujer de Cánovas, nos acompañaba. Había sido su matrimonio historia vibrante de amor. El grande hombre, ya maduro se había enamorado de ella que era joven. Los marqueses de la Fuente se habían opuesto y cuando en la hora suprema del triunfo de la mohar- quía, Cánovas era el restaurador, los padres de Joaquina lo aceptaron, pero Cánovas era orgulloso y contestó a los amigos que servían de intermediarios: “Sólo volveré el día en que el marqués venga a casa a buscarme y a darme explicaciones”. Y así volvió para casarse con Joaquina, que le adoraba.

¿Quién pensara entonces que pocos años más tarde terminaría ese idilio de la vejez gloriosa de un grande hombre con el asesinato de Cánovas en el balneario de Santa Agueda. Y se refirió entonces una leyenda trágica. La señora de Cánovas, desesperada, perdió la razón, y vagaba por el palacio—cerradas puertas y ventanas y todo iluminado con luz eléctrica—vagaba vestida de novia, toda de blanco esperando la vuelta del amado ausente, que debía volver. Y concluye la leyenda con que una noche, sin que nadie la sintiera, se salió Joaquina de la casa,—era cruda noche de invierno,—y amaneció helada sobre un banco del jardín en el hermoso parque, donde antes vagara tantas veces en compañía de don Antonio. Y la nieve la cubría como el manto blanco de armiño que corresponde a las reinas de amor...

Rubén Darío, que siempre guardo cariñosos recuerdos de Chile, y que había cantado nuestras glorias en una oda hermosísima, pensaba volver y me escribió una carta—la última—que todavía conservo entre mis papeles de recuerdos.

“Señor don Luis Orrego Luco.— Santiago. —Mi querido Lucho:

A través de tanto tiempo y de tanta distancia, hemos guardado un largo silencio. Mi afecto por Chile se ha conservado el mismo después de tan largos días, y han revivido siempre en mí aquellas pasadas horas.

Han desaparecido viejos amigos, entre los cuales hay aquéllos que la gloria chilena debe coronar, bastaría con recordar a nuestro querido Pedro Balmaceda Toro, a Vicente Grez, a Carlos Luis Hübler y los que estén aún en la actividad de su talento de los compañeros de entonces, entre los cuales los Humeus, Alfredo Irrarrázaval y usted, mi querido Lucho, que ha producido una de las novelas más intensas de los últimos tiempos, y que si se hubiese traducido a un idioma internacional, como el francés, le habría dado mucho renombre y provecho.

“Después de veinticinco años vuelvo a Chile. Bien sabido es que allí publiqué mi

libro "Azul", es decir, el libro de ilusiones y ensueños que había—con favor de Dios—de conmover a la juventud intelectual de dos Continentes.

"Nunca podré olvidar que allí pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las arduas, pues en Chile aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia.

"Va, esta carta, mi querido Lucho, como un saludo íntimo, pues el saludo nacional está escrito hace tiempo en mi "Canto a las glorias de Chile".

Y mi abrazo.—Rubén Darío".

Ese viaje que Darío proyectaba a Chile no pudo realizarse, pues el camino de la Cordillera quedó súbitamente interrumpido y tuvo que volverse a Europa sin habernos dado el saludo, que acaso hubiera sido el del último adiós. Dos años más tarde caía gravemente enfermo y volvía a su patria con el ala herida, para morir en ella.

Grandes ovaciones de la juventud controamericana le esperaban para embellecer con ráfagas de gloria sus últimos momentos. Su patria le agradecía ese renombre que renuía sobre ella. El hijo que huyera de proscribo, bajo amenazas de muerte, volvía pasando bajo arcos de triunfo, a recibir sobre su tumba las flores de cariño nacional y las hojas de laurel que nunca mueren; esas ráfagas de gloria que, según la hermosa pala-

bra de Vauvenargues— se parece a los rayos tibios y dulces del sol naciente.

Inclinémonos ante el recuerdo de los grandes escritores y poetas que sirven de lazo de unión de nuestra raza española, como Rubén Darío.

Somos hijos de una raza que tuvo la suprema expresión de arte en la prosa de Cervantes y en su inmortal Quijote, en la prosa fuerte de Fray Luis de Granada, y en la tan dulce de Luis de León, en el fuerte soplo de Mariana y el humorismo satírico de Quevedo, en el romanticismo de Lope de Vega y de Calderón, que pudo trazar en los lienzos de Velázquez pinceladas tan intensas de vida que parecen más reales que la vida misma y pintar vírgenes con la dulzura de Murillo y figuras como las de Zurbarán y el Greco y humorismos trágicos como los de Goya, y poesías como las de Espronceda. Y mezclas de pintura y música con los versos de Zorrilla, y que ha tenido en la oratoria los acentos inmortales de Castelar defendiendo la democracia y la libertad humana.

Las generaciones de arte pasan y se suceden, los siglos siguen en ronda eterna,—todo muda y se cambia,—sólo se perpetúa eternamente joven el sentimiento del arte, que, como el amor, es inmortal porque significa la renovación constante de la vida en lo bello. Y ese arte nos servirá de lazo de unión de nuestra raza al través de los tiempos y al través de los mares.

